



Cuadernos Americanos, núm. 123 (2008), pp. 113-138.

Lecturas de Miguel Cané sobre la función de la prensa en las sociedades modernas

Por Paula BRUNO*

I

LOS ANÁLISIS QUE FOCALIZAN LA ATENCIÓN en la función de la prensa en variados contextos espaciotemporales son actualmente abundantes. En las últimas décadas se ha prestado especial atención a la prensa en tanto expresión de la opinión pública, o bien en tanto herramienta dilecta para efectivizar la conducción y guía de esa opinión. Una cantidad significativa de los estudios que forman parte de esta tendencia multiforme centra su interés en las dinámicas asumidas por la circulación de la palabra escrita en el contexto de la Revolución Francesa y en el periodo inmediatamente anterior.¹

Por su parte, en el último cuarto del siglo xx, el tema del significado de la prensa en las sociedades modernas ha adquirido una presencia marcada, sobre todo a la luz de las perspectivas teóricas que centran su interés en la configuración de la esfera pública burguesa, siguiendo la matriz habermasiana.² De este modo, los aportes que examinan el peso de los medios de prensa escrita y las implicancias que la difusión de ciertas ideas puede tener en la configuración de realidades políticas disímiles, han adquirido un protagonismo propio.

* Profesora Asistente en el Departamento de Humanidades de la Universidad de San Andrés, Argentina; e-mail: <paubru@infovia.com.ar>.

¹ Entre tantos otros aportes, pueden verse Jack Cencer y Jeremy D. Popkin, *Press and politics in prerevolutionary France*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, University of California Press, 1987; Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo xviii: los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995; Robert Darnton y Daniel Roche, *Revolution in print: the press in France, 1775-1800*, Berkeley, University of California Press, 1989; Arlette Farge, *Subversive words: public opinion in eighteenth-century France*, Cambridge, Polity Press, 1994; Carla Hesse, *Publishing and cultural press in revolutionary Paris, 1789-1810*, Berkeley/Los Ángeles/Oxford, University of California Press, 1991. Para un análisis comparativo de la prensa francesa y la inglesa durante el siglo xviii, véase Stephen Botein, Jack R. Cencer y Harriet Ritvo, "The periodical press in eighteenth-century English and French society: a cross-cultural approach", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 23 (1981), pp. 463-490.

² Véase Jürgen Habermas, *The structural transformation of the public sphere: an inquiry into a category of bourgeois society*, Cambridge, MA, The MIT Press, 1995. Para una revisión de los supuestos de Habermas pueden verse los aportes reunidos en Craig Calhoun, ed., *Habermas and the public sphere*, Cambridge, MA, The MIT Press, 1994.

En los últimos años, se publicaron en Argentina varios estudios provenientes de los campos de la historia y de la crítica literaria que evalúan la función de la prensa periódica —principalmente la de carácter político— y de algunas revistas culturales de los siglos XIX y XX.³ En estos análisis se evidenció la importancia de los periódicos en tanto fuentes y también —y éste es el rasgo más novedoso— en tanto objeto de estudio; una multiplicidad de perspectivas acerca de la función cultural y política de la prensa comenzó así a consolidarse. Los diarios han sido interpretados en distintos marcos como instrumentos para quienes aspiraban a tener cierta influencia en el ámbito público, medios de propaganda y de enfrentamiento de las facciones políticas, ámbitos de construcción de identidades, espacios utilizados por diversas comunidades étnicas para representar sus intereses, entre otras lecturas.⁴

Estas variadas consideraciones sobre la prensa abren interesantes posibilidades de análisis para ensayar un acercamiento a los *corpora* conformados por los diversos periódicos y a los discursos de los protagonistas que participaron activamente en experiencias concretas vinculadas al periodismo. Como es sabido, el mundo de la prensa argentina del siglo XIX y las primeras décadas del XX es rico y complejo, dado que en él participaron destacados hombres públicos que, entre otras tantas actividades, se encargaban de escribir sus columnas, teniendo así garantizado un espacio de visibilidad en los ámbitos políticos y culturales de la época.

Los estudiosos del ámbito argentino no focalizaron aún sistemáticamente su atención en las percepciones y observaciones que sobre la prensa y sus funciones legaron personajes que participaron activamente en las páginas de prestigiosos diarios. En esta ocasión, hemos concentrado nuestro interés en las reflexiones de Miguel Cané (1851-1905) acerca de los usos de la prensa y del ejercicio del periodismo en Argentina y en otros escenarios geográficos advertidos durante sus viajes, en un periodo que va desde 1870 hasta fines del siglo XIX. El objetivo principal es, entonces, visualizar e interpretar las perspectivas de un personaje constitutivo del espacio intelectual argentino del pasaje del siglo XIX al XX acerca de la función de la prensa en el contexto de diversas realidades sociales y políticas de corte moderno.

En la primera sección revisamos las concepciones generales de Cané acerca de los procesos de modernización que tuvieron lugar en

³ Algunas referencias de estos aportes se encuentran en la bibliografía.

⁴ Para un análisis de estas contribuciones véase Paula Alonso, "La reciente historia política de la Argentina del Ochenta al Centenario", *Anuario IEHS* (Tandil, UNICEN), núm. 13 (1998), pp. 393-418.

Argentina desde fines del siglo XIX, basando nuestras apreciaciones en la bibliografía pertinente y en nuestro análisis de algunos escritos del personaje. Posteriormente, se propone una lectura de diversas manifestaciones de Cané sobre la función de la prensa en las sociedades modernas.

Las fuentes utilizadas para el rastreo del tema que nos compete son las obras publicadas de Miguel Cané que, en la mayoría de los casos, contienen textos producidos originalmente entre 1870 y 1901: *Ensayos* (1877), *En viaje* (1884), *Juvenilia* (1884), *Charlas literarias* (1885), *Notas e impresiones* (1901), *Prosa ligera* (1903), *Discursos y conferencias* (1919, póstumo). Se han revisado, además, dos volúmenes que contienen correspondencia del personaje dirigida a sus familiares y algunos textos de sus contemporáneos sobre tópicos afines a los que nos conciernen.

II

LA figura de Miguel Cané aparece indefectiblemente asociada con una serie de hitos resonantes de su curso vital e intelectual. Quizás entre ellos se destacan: la escritura y la publicación de *Juvenilia* (entre 1882 y 1884), su paso por el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1900-1904) y la redacción del proyecto de la llamada Ley de Residencia (sancionada en su versión definitiva en 1902). Consecuentemente, la bibliografía existente sobre el personaje centra principalmente la atención en estos tramos de su trayectoria pública.⁵

Tradicionalmente, a la hora de definir la figura de Miguel Cané primaban algunas imágenes propuestas tempranamente por autores como Aníbal Ponce⁶ y consolidadas hacia las décadas de 1950 y 1960

⁵ Los prólogos de *Juvenilia* son numerosos, sólo a modo de ejemplo podemos citar a Rafael Arrieta, "Prólogo", en Miguel Cané, *Juvenilia*, Buenos Aires, W. M. Jackson, 1953, pp. xiii-xvii; Horacio Ramos Mejía, "Prólogo", en Miguel Cané, *Juvenilia: prosa ligera*, Buenos Aires, La cultura argentina, 1916, pp. 11-19. Sobre la Ley de Residencia: Laacov Oved, "El trasfondo histórico de la Ley 4144, de residencia", *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), vol. 16, núm. 61 (abril-junio de 1976), pp. 123-150; Horacio Sanguinetti, "Miguel Cané, legislador", *Todo es historia* (Buenos Aires), año xxxv, núm. 407 (junio del 2001), pp. 50-65; Marcela Aspell, "La ley 4144 'de residencia'. Antecedentes. Sanción. Aplicaciones", *Revista del Instituto del Derecho Ricardo Levene* (UBA, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales), núm. 25 (1929), pp. 11-127. Acerca de Cané y su paso por la Facultad de Filosofía y Letras: Horacio Sanguinetti, "Miguel Cané, educador y legislador", *Boletín de la Academia Nacional de Educación* (Buenos Aires), núm. 44 (septiembre del 2000), pp. 15-24; Pablo Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.

⁶ Véase Aníbal Ponce, "Miguel Cané", *La vejez de Sarmiento* (1927), Buenos Aires, Librería Histórica, 2001, pp. 161-172.

en obras como las de Ricardo Sáenz Hayes y Thomas McGann.⁷ Según el último, Cané fue el prototípico hombre de la Generación del Ochenta, y “sobresalió entre los hombres de la clase superior de la Argentina que alternaban entre la vida pública y los estudios literarios [...] La vida pública de Cané encierra esa íntima relación entre la política y las letras que caracterizaba a los aristócratas liberales esa época y que aún se la encuentra en América Latina en alto grado”.⁸ Siguiendo esta lectura, la trayectoria vital de Cané habría cumplido con todas las postas clásicas del *curriculum vitae* de la “aristocracia argentina”: hijo de padre exiliado durante la dictadura rosista, estudios en el Colegio Nacional, graduado como abogado en la Universidad de Buenos Aires, periodista de diarios porteños prestigiosos, diputado provincial y nacional, director de Correos y Telégrafos, ministro, senador, diplomático, redactor de la Ley de Residencia y, como digno final, sepulcro en el cementerio de la Recoleta.

Los trazos propuestos por McGann para pensar a Cané conducen de manera directa a la idea de que en el perfil prototípico hombre del Ochenta se superponían las características de un intelectual con las de un político: “para los argentinos de esa generación el vínculo entre la pluma y el poder del Estado no significaba entretenerse alternativamente en dos aficiones. Era un trabajo serio, como el mismo Cané lo demostró en 1902”. Y en el mismo tono apunta: “la Argentina no tuvo una clase definitivamente intelectual en las dos últimas décadas del siglo pasado. La literatura y las profesiones liberales se encontraban en manos de la aristocracia”.⁹

Puede sostenerse que las diversas semblanzas que retratan a Cané proponen, en líneas generales, algunos elementos que lo delinear como un típico personaje de la oligarquía conservadora argentina finisecular —o de la aristocracia, en otras miradas—, que reúne todas las características representativas de los hombres de su clase, sintetizadas contundentemente en las figuras propuestas por David Viñas para los hombres públicos del periodo: el *gentleman*-escritor, el *causeur*, el viajero-estético.¹⁰ Los rasgos de Cané puestos de relieve apuntan generalmente a destacar su *diletantismo*, su mirada prejuiciosa y aristocra-

⁷ Ricardo Sáenz Hayes, *Miguel Cané y su tiempo (1851-1905)*, Buenos Aires, Kraft, 1955; Thomas McGann, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano, 1880-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1960.

⁸ McGann, *Argentina, Estados Unidos* [n. 7], pp. 78-79.

⁹ *Ibid.*, pp. 80-81.

¹⁰ Véase David Viñas, *Literatura argentina y realidad política: apogeo de la oligarquía*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1975.

tizante, su petulancia a la hora de marcar los atributos de su distinción social y su inconstancia y fragmentarismo literarios.

En los últimos años, distintos autores han coincidido en la intención de revisar las miradas tradicionales, analizando algunos aspectos vinculados con el ideario de Miguel Cané. Éste es el caso de las lecturas propuestas por Oscar Terán y Jeffrey Needell, coincidentes en varias de sus apreciaciones.¹¹ En ambos análisis se ha prestado especial atención a las reacciones de Cané frente a la gran diversidad de procesos sociales, políticos, económicos y culturales aglutinados bajo el rótulo de “modernización”. Las expresiones “lamento” y “melancolía” presentes en los títulos de los aportes de estos autores dan pautas claras acerca de la lectura de carácter pesimista postulada por Cané ante la modernización, interpretación que encarna la voz de una “aristocracia” argentina que se veía aturdida por los múltiples efectos, algunos anhelados y otros temidos, de los procesos de transformación que sacudían fuertemente a un país que pocas décadas atrás podía ser caracterizado como una gran aldea.

A la hora de defender ciertos valores aristocráticos, Cané, como varios de sus contemporáneos, focalizaba el blanco de ataque en diversos elementos y manifestaciones que asociaba con el concepto de *democracia*. Revisando su obra, pueden puntualizarse diversos rasgos de su pensamiento sobre la democracia, entendida con distintas acepciones a lo largo de su trayectoria intelectual.

Las observaciones más tempranas del personaje reparan en la democracia política, generalmente descrita como una serie de rituales cumplidos mecánicamente por hombres públicos a los que no les interesan las implicancias de sus acciones. Así, por ejemplo, comentando las observaciones de Domingo F. Sarmiento sobre el Parlamento de París, Cané señala: “Y Sarmiento va a la Cámara, contempla el curioso espectáculo, sobre todo para un sudamericano de entonces, de esas sesiones tumultuosas, vacías y teatrales. Desde entonces me parece que el régimen parlamentario está condenado a sus ojos”.¹²

¹¹ Jeffrey D. Needell, “Optimism and melancholy: elite reponse to the *fin de siècle bonaerense*”, *Journal of Latin American Studies* (Universidad de Cambridge), vol. 31 (octubre de 1999), tercera parte, pp. 551-588; Oscar Terán, “El lamento de Cané”, en *id.*, *Vida intelectual en Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE, 2000, pp. 13-82.

¹² Miguel Cané, “Sarmiento en París” (1896), en *Prosa ligera* (1903), Buenos Aires, Administración General Casa Vaccaro, 1919, pp. 195-196. Casi tras los pasos de Sarmiento, en 1882 Cané repite la rutina del autor de *Facundo* en París y visita, como uno más de los tantos atractivos de la ciudad, las instituciones parlamentarias y describe: “A las dos de la tarde, á la Cámara ó al Senado [...] Un ruido infernal, una democracia viva y

En varios de sus artículos escritos en la década de 1890 —entre los que se destaca “Nuevos rumbos humanos” (1896)— comienza a dar cuenta de sus marcados cambios de opinión sobre la validez de los regímenes políticos y ofrece un análisis sobre las mutaciones de sus impresiones. Señala que en sus años de juventud no concebía la posibilidad de que las sociedades se organizaran con parámetros distintos a los democráticos, republicanos y representativos e ironiza sobre su “absolutismo democrático”, que lo llevaba a oponerse ciegamente a cualquier otro tipo de organización sociopolítica.¹³ Prueba de este “absolutismo democrático” había sido un artículo de su autoría publicado en *El Nacional* hacia 1875, en el que hacía un llamamiento para que en Argentina se aplicaran las bondades del régimen parlamentario y se reformara la constitución en ese sentido.

Según él mismo narra, sus miradas sobre los beneficios de los sistemas parlamentario-democráticos (pese a las diferencias sustanciales de ambos términos, éstos son postulados en la prosa de Cané como sinónimos) habrían posteriormente cambiado de signo. Cané atribuye estas transformaciones en su ideario a los efectos de las experiencias acumuladas en el transcurso de sus numerosos viajes diplomáticos: “fue durante ese tiempo y bajo la acción de los medios en que vivía, que mis ideas sobre el gobierno de los hombres empezaron a recibir los primeros choques”.¹⁴

Los virajes ideológicos del autor de *En viaje* se acentúan hacia 1890 y están fundados en sus observaciones sobre Europa. Allí ha percibido el avance progresivo de ciertas vertientes de ideas políticas traducidas en acciones violentas que le hicieron ver que los clamores y las reivindicaciones democráticas proclamadas sostenidamente desde la Revolución Francesa estaban ya cristalizadas en los hechos: “hoy nos encontramos con la democracia triunfante en las ideas, en las costumbres y en las leyes”.¹⁵

Sin embargo, este orden democrático imperante en el contexto europeo comenzaba a ser percibido como un orden basado en principios políticos moderados y anacrónicos ante el avance de las corrientes socialistas y anarquistas: “qué causas y qué fin tiene el sacudimiento

palpitante, un movimiento extraordinario; en la tribuna, elocuencia de mala ley, verbosa y vacía algunas veces, metódica y abrumadora otras”, Miguel Cané, *En viaje, 1881-1882*, París, Garnier Hermanos, 1884, p. 29. Mantenemos en las citas textuales la ortografía de las ediciones utilizadas.

¹³ Miguel Cané, “Nuevos rumbos humanos” (1896, publicado originalmente en la revista *La Biblioteca*), en *Prosa ligera* [n. 12], pp. 207-208.

¹⁴ *Ibid.*, p. 209.

¹⁵ *Ibid.*, p. 211.

pavoroso, extendido hoy por todo el mundo civilizado, esa protesta contra el orden existente, que empieza a cubrir las sombras del porvenir? La revolución social está en todas partes”.¹⁶ Ante los ojos de Cané, esta revolución dejaba a la democracia en el lugar de una realidad que ya estaba siendo cuestionada y catalogada como vetusta cuando aún no se había impuesto en su máxima potencia.¹⁷ Desde su perspectiva, la revolución social encarnaba la forma de una conspiración generalizada cuyo fin era la destrucción de lo existente y la anulación de la desigualdad social.

A la hora de dar cuenta del remedio necesario para poner freno a este proceso, Cané señalaba: “No vislumbramos sino uno: la cultura moral de individuo, que determinará la cultura y la inteligencia de la masa [...] La noción innata del deber; ese es el átomo que hay que cultivar y perfeccionar. Su desenvolvimiento sano y vigoroso dará las virtudes necesarias para la armonía y el progreso social”.¹⁸

Esta última frase, que se propone como una solución a los avances de la radicalización política en el marco europeo —de la que la democratización no habría sido más que un paso intermedio— es la que nos permite correr el foco de atención desde las miradas del personaje sobre los efectos de la democracia política hacia sus observaciones sobre las resonancias de la democracia social. Esta última es, desde nuestra perspectiva, la que el autor asume como una preocupación principal a la hora de pensar a la sociedad argentina hacia las décadas de 1880 y 1890.

Hacia 1882, en la introducción a *En viaje*, Cané se encarga de trazar un esbozo histórico sobre la América de habla hispana y señala que las formas de gobierno posteriores a las revoluciones de independencia estuvieron signadas por “la absurda concepción de la libertad en los primeros tiempos [que] originó la constitución de gobiernos débiles, sin medios legales para defenderse contra las explosiones de los pueblos sin educación política”. Esta situación habría llevado indefectiblemente a la consolidación de dictaduras. Continuando con su lectura del devenir histórico americano, señala que en el momento en el que escribía esas palabras ya se habían superado algunas catástrofes: “aban-

¹⁶ *Ibid.*, p. 214.

¹⁷ Cané pregunta alarmado: “¿Pensáis que ese esfuerzo patente, profundo, como que arranca de las entrañas mismas de la masa humana, va tras el ideal del régimen representativo, el cual empieza a tomar los contornos de una superstición vetusta, o tras el sufragio universal, más ilógico y absurdo, como criterio de gobierno, que el viejo derecho divino que suplantó por una aberración de que el mundo moderno empieza a darse cuenta?”, *ibid.*, pp. 216-217.

¹⁸ *Ibid.*, p. 223.

donando tanto el viejo gusto por los prestigios personales, como las utopías generosas pero efímeras de una organización política basada en teorías seductoras al espíritu [...] Sólo así podremos salvarnos y asegurar el progreso en el orden político”.¹⁹

Así, hacia comienzos de la década de 1880, el autor señalaba que se perfilaban horizontes optimistas para el futuro de las naciones hispanoamericanas. Ahora bien, para que esos panoramas se mantuvieran despejados en Argentina, había que articular una serie de acciones tendientes a conservar el orden social y político existente, sin forzar su evolución ni introducir modificaciones apresuradas. La configuración particular del país de la paz y la administración roquista llevaba a Cané a exclamar: “amo las instituciones de mi país, creo sinceramente que, aun cuando por su naturaleza de una dificultad indecible en su aplicación, son las que se acercan mas al ideal de la felicidad y de la dignidad humana [...] Además, digámoslo ó no, el hecho innegable es que somos republicanos en la vida política, esencialmente aristocráticos en la vida social”.²⁰

Estas ideas signadas por idealización del orden existente en la Argentina de principios de 1880, esta simpatía por la vigencia de una aristocracia social que podía convivir con una vida política republicana, se refuerzan y se convierten en baluartes a ser defendidos frente a las realidades sociopolíticas percibidas por Cané en Estados Unidos. Los breves apuntes sobre este país, que cierran el libro de viajes publicado en 1884, presentan opiniones que están a tono con las de sus contemporáneos. El autor de *Juvenilia* repara la atención en aspectos considerados indiscutiblemente negativos del gran país del norte.²¹ Sus percepciones están signadas por la irritación que le generan los efectos indeseados de la masificación en todas sus posibles manifestaciones. La supremacía de las relaciones mercantiles y la ausencia de todo tipo de valor espiritual se traducen, desde la perspectiva de Cané, en síntomas claros de vulgarización general de las costumbres, que convierten su breve travesía en una sucesión de sorpresas poco gratas y en una constante confirmación de prejuicios hacia el mundo *yankee*: “la impresión predominante es que uno se encuentra en un mundo nuevo, extraño, diferente á aquel en que estamos habituados á vivir. Juzgo que

¹⁹ Esta cita textual y la anterior proceden de *En viaje, 1881-1882* [n. 12], pp. xiii y xiv.

²⁰ *Ibid.*, p. 47.

²¹ Para una lectura del paso de Cané por Estados Unidos puede verse David Viñas, “Cané o los contratiempos de un *gentleman*”, en *De Sarmiento a Dios: viajeros argentinos a USA*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 121-131.

para un latino cuya vida ha pasado en el seno de sociedades cultas y educadas, será difícil naturalizarse con modo de ser *yankee*, áspero y egoísta en sus formas”.²²

En cada uno de los rincones de ese mundo ajeno y detestable, reinaba el igualitarismo social manifestado en el absoluto borramiento de las barreras sociales que se evidenciaba en cada uno de los rituales de la vida cotidiana de la sociedad estadounidense; como ejemplo refiere Cané al transporte público de Nueva York, puntualizando: “transporte democrático, símbolo perfecto de la igualdad, convenido”.²³ Transporte democrático, relaciones amorosas democráticas, calles democráticas, moda democrática, todas esas pistas conducen al observador a la fórmula de la “invasión democrática” generalizada que debe ser vista con ojos alertas y cuidadosos. La democracia, entendida ahora como igualdad social absoluta, signa negativamente todas las formas de organización de la sociedad norteamericana.

¿Cómo evitar que esa democracia social inunde las calles de Buenos Aires y del resto del país? Es una pregunta formulada por Cané y otros intelectuales de la época que encuentra repuestas desalentadoras, seguidas de una sucesión de reacciones conservadoras. Esa democracia social asumía en Argentina los rasgos particulares de un “cosmopolitismo democrático” que arrasaba los usos y desterraba las costumbres del patriciado argentino. Al respecto, Cané enmarca un texto de ficción que difícilmente puede ser descontextualizado de las realidades de su época:

Como Segovia, su mujer y Clara amaban la hacienda. No sólo encontraban allí una vida de paz y tranquilidad, sino también aquel secreto halago que tan profundamente han de haber sentido nuestros padres y que para nosotros se ha desvanecido por completo, arrastrado por la ola del *cosmopolitismo democrático*: la expresión de respeto constante, la veneración de los subalternos como a seres superiores, colocados por una ley divina e inmutable en una escala más elevada, algo como un vestigio vago del viejo y manso feudalismo americano.²⁴

La serie de textos escritos por Cané hacia 1884²⁵ no hace más que reafirmar estas imágenes que Oscar Terán ha caracterizado como mues-

²² Miguel Cané, capítulo xx, “Nueva York”, en *En viaje* [n. 12], p. 396.

²³ *Ibid.*, p. 394.

²⁴ Miguel Cané, “Tucumana” (s.f.), en *Prosa ligera* [n. 12], pp. 78-79. Las cursivas son nuestras.

²⁵ Nos referimos a los conocidos “De cepa criolla”, “En el fondo del río” y “A las cuchillas”, recopilados en *ibid.* Los dos últimos textos mencionados habían ya aparecido

tras elocuentes de las sensaciones de incertidumbre de las élites finiseculares ante las fisuras producidas en las bases de la normatividad social tradicional.²⁶ Reponer, entonces, una serie de valores arcaicos se convierte en una operación recurrentemente practicada en un contexto social conmocionado por el impacto de la inmigración masiva y de la constante pérdida de certezas y marcos de referencia sociales. En el marco de esta operación de recuperación del pasado glorioso, el tópico del honor asume un fuerte protagonismo en la obra de Miguel Cané y organiza reflexiones sobre los temas más diversos.

Tempranamente, en 1872, el autor que nos ocupa publicaba un breve ensayo titulado “Honor moderno” en el que se evidencian algunas de sus percepciones al respecto. En el texto se destacan irónicamente las bondades de las instituciones democráticas consideradas como: “las más benéficas y las que están más en armonía con el ideal de progreso humano”.²⁷ Posteriormente, el texto asume un tono más brusco al señalar que la dinámica impuesta por “instituciones democráticas” conduce indefectiblemente a una despersonalización general de los vínculos sociales. Cané señala que mientras que en el pasado se resolvían cuestiones vitales por medio de la apelación al duelo, por ejemplo, en la actualidad se había remplazado el honor por los tribunales. De este modo, los daños causados a una persona o a una familia podían ser solucionados en un juicio o reparados por medio del dinero: “¡Qué diferencia con aquel mundo antiguo, tan lleno de irregularidades, rigiéndose siempre por ese sentimiento vano que llamaban honor! [...] Entonces, una injuria traía el golpe enérgico y varonil de la venganza: el honor era como un depósito divino y ¡guay del que a él tocara!”²⁸

Así, lo que se entiende como una democratización de las costumbres sociales habría avanzado despiadadamente en detrimento del ejercicio de uno de los valores tradicionales más reivindicados. El fin de los enfrentamientos personales habría corroído fuertemente las bases de ciertas jerarquías sociales que apelaban a la defensa del honor personal y familiar como salvaguarda de un *status*. El honor, como valor regulador de los vínculos sociales, se había remplazado por la

en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, tomo VII (1900), pp. 5-19 y 165-183; “En el fondo del río” había sido allí titulado como “La vuelta”.

²⁶ Oscar Terán, “El lamento de Cané” [n. 11], pp. 23-24.

²⁷ Miguel Cané, “Honor moderno” (1872), en *Ensayos* (1877), Buenos Aires, Administración General Casa Vaccaro, 1919, p. 50.

²⁸ *Ibid.*, pp. 51-52.

mercantilización de las prácticas: “¡Hoy las injurias valen una onza de oro, los insultos cuatro y los bofetones cinco!”²⁹

En el transcurso del siglo XIX argentino, como señala Sandra Gayol, “el honor dinamizó conductas, diseñó jerarquías y destruyó reputaciones”.³⁰ Por personajes como Cané era considerado un valor que debía resguardarse ante los avances del igualitarismo social. Este valor aristocrático permitía posicionarse en un plano de referencias y signos sociales distinto del de las dinámicas económicas y materialistas predominantes. Perder el honor era arriesgar también una serie de atribuciones, una reputación y un posicionamiento ante los otros.³¹

III

REPUTACIÓN, honor y distinción no eran pilares menores a la hora de constituirse una fama y de obtener visibilidad en el ámbito de lo público porteño del pasaje del siglo XIX al XX. La trayectoria pública de Cané estuvo apuntalada por varios elementos ligados a dichos fundamentos. En primer lugar, debe destacarse que formaba parte del grupo de los hijos de letrados célebres exiliados, entre los que se destacan él y Lucio López. La portación de un apellido ilustre no era un dato menor para posicionarse en la sociedad moderna. A esto se suma el hecho de que tempranamente participó en notables empresas periodísticas. Antes de egresar del Colegio Nacional Cané ya había escrito algunos textos en el diario comandado por su primo Héctor Varela, *La Tribuna*, y promediando la década de 1870 su presencia en este periódico y en *El Nacional*, dirigido en ese momento por Eduardo Dimet, fue prácticamente constante.

También desde 1870 se hacen presentes en los ensayos, artículos y piezas de correspondencia de Miguel Cané ciertas observaciones y opiniones acerca de la función de la prensa en el contexto de la sociedad argentina. Estas impresiones, puestas en perspectiva, dan cuenta de los sentidos múltiples adjudicados a los periódicos como difusores de ideas. Como veremos, el personaje mantuvo una apreciación ambivalente acerca de los usos de este medio y una evaluación disímil de sus efectos en el público lector.

²⁹ *Ibid.*, p. 52.

³⁰ Sandra Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires: hombres, honor y cafés, 1862-1910*, Buenos Aires, El Signo, 2002, p. 185.

³¹ Sobre este tema puede consultarse Michelle Perrot, “Drames et conflits familiaux”, en Philippe Ariès y Georges Duby, *Histoire de la vie privée*, tomo 4. *De la Révolution à la Grande Guerre* (1987), París, Seuil, 1999, pp. 243-263.

Las percepciones sobre su participación en *La Tribuna* y *El Nacional* pueden rastrearse en las cartas del personaje dirigidas a su madre hacia 1870, mientras concretaba su primer viaje a Europa. Varios elementos se conjugan en estas epístolas. Por un lado, están presentes algunas pistas sobre la importancia que Cané le adjudicaba al hecho de ver sus palabras en letras de molde. En sus diversos escritos, abundan los pedidos, casi obsesivos, de que fueran conservados y archivados hasta su regreso los periódicos en los que aparecían publicados textos suyos; son recurrentes frases del tipo: “júntame todas las ‘Tribunas’ donde se publique algo mío”, “no te olvides de conservarme las ‘Tribunas’ y ‘Nacional’ donde algo mío haya”.³² El primer rasgo visible en estas cartas es, entonces, la relevancia otorgada a la publicación de artículos y correspondencia para un joven de veinte años que estaba concretando sus primeras apariciones en el ámbito público.

Pero también pueden rastrearse en estas epístolas las opiniones del viajero-corresponsal-periodista acerca de los lectores de *La Tribuna*, signadas por un tono marcadamente peyorativo. En ocasión de narrarle a su madre los acontecimientos de la guerra franco-prusiana, y su huida de París a Bruselas ante el triunfo inminente de los prusianos, Cané escribe: “no te hablaré particularmente de todo lo que he visto, porque al escribir mis correspondencias lo haré y éstas las escribo para las personas que me quieren y para ti en primera línea y no para la turba de carniceros y tenderos, suscritores de la ‘Tribuna’ que ni saben de lo que se les habla”.³³

Es decir que el acto de escribir para un prestigioso periódico porteño alimentaba, por un lado, el ego del joven distinguido devenido corresponsal internacional y le permitía a Cané delinear una imagen de sí mismo en tanto escritor-periodista, al mismo tiempo que lo autorizaba, desde su perspectiva, a rotular y subestimar al público lector caracterizándolo como una “turba”, conformada principalmente por obreros manuales con notables incapacidades para comprender lo que los calificados personajes escribían.

Un tercer argumento que nos interesa destacar se vincula con la independencia que Cané se adjudicaba a la hora de decidir dónde

³² Estas frases están en las cartas enviadas desde Montevideo (16 de mayo de 1870) y Londres (8 de noviembre de 1870) pero se repiten como un estribillo en todas las epístolas de esos años compiladas por Fermín Estrella Gutiérrez, Adela Grondona y Adolfo de Obieta, *Epistolario del siglo xx*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Escritores, Museo y Archivo del Escritor, 1967, donadas por Manuel Mujica Láinez. Esta edición fue consultada en su versión electrónica.

³³ Carta enviada desde Bruselas, 6 de septiembre de 1870. Las cursivas son nuestras.

enviar sus contribuciones redactadas en Europa, y en este sentido le escribe a su madre:

antes de recibir tu carta en la que me indicabas escribiera algo a Dimet para el “Nacional”, ya lo había hecho, no como corresponsal, aunque puedo serlo de quien se me antoje, pues “La Tribuna” ni nadie en el mundo es capaz de comprar mi espíritu. Si “La Tribuna” quisiera imponerme algo al respecto, con echarla donde tengo costumbre de enviar al que me incomoda o pretende hacerlo, quedaba todo arreglado.³⁴

El autor de estas líneas asume que ningún periódico, ni siquiera el de sus protectores y parientes, podía condicionar las opiniones de este redactor principiante dispuesto a hacer alarde de su independencia intelectual.

Hacia mediados de la década de 1870 pueden rastrearse otras consideraciones de Cané acerca de la prensa. En este caso, queda en evidencia que el personaje pensaba el formato diario como un espacio abierto para un tipo de producción escrita, mientras que aconsejaba mantener ciertas expresiones literarias alejadas de los ritmos del diarismo. La poesía, por ejemplo, aparece como un género que por su propia naturaleza no debía mezclarse, desde su perspectiva, con el lodazal de otras formas más vulgares proyectadas por la pluma. En este sentido, refiriéndose a la aparición de unas líneas de Gervasio Menéndez en un periódico, destaca: “perdidos en las vastas columnas de un diario, entre el tosco editorial y la insípida noticia [los lectores] habían encontrado unos versos, firmados por un hombre desconocido en la víspera, pero que desde ese momento conquistaba un sitio de honor”.³⁵ La inclusión de esos inspirados versos en el marco de la hojarasca cotidiana le parecía a Cané prácticamente un sacrilegio. La poesía debía tener reservado otro espacio distinto al de un periódico, en tanto manifestación de belleza y armonía.

Así, el lugar destinado para la poesía y para los poetas en el contexto de una sociedad descrita como materialista y desespiritualizada, desde la perspectiva de Cané, parece ser el de la “alta cultura”, diferenciada por sus características y sus intenciones del diarismo cotidiano destinado a un público-turba. Las columnas del diario son caracterizadas prácticamente como un infierno dantesco al que los poetas, como Gervasio Menéndez, no deberían descender: “pocas veces ha bajado

³⁴ Carta enviada desde Londres, 8 de noviembre de 1870.

³⁵ Miguel Cané, “Pro poeta: Gervasio Menéndez” (1875), en *Charlas literarias* (1885), Buenos Aires, La cultura argentina, 1917, p. 51.

a la prensa, esa arena ardiente que a todos nosotros nos tuesta el semblante y endurece el corazón, esa *alma nutrix*, como diría Janin, que a todos nos absorbe, pero que a todos nos levanta”.³⁶

Según se desprende de las perspectivas expuestas por Cané, puede pensarse que la literatura y el periodismo debían circular por canales diferentes, con tiempos y soportes de difusión distintos. La literatura aparece como una tarea reservada a los letrados que podían sustraerse de las tentaciones fugaces y de los ritmos severos impuestos por las sociedades acompasadas por un brutal materialismo. También en 1875 el escritor apuntaba en esta dirección:

Son tan raras las manifestaciones intelectuales entre nosotros, hay una indiferencia tan profunda para todo lo que se aparta del trámite vulgar de la vida positiva, que cada ensayo literario o científico que vemos, nos produce una sensación agradable, a la que no es ajeno cierto sentimiento de respeto hacia aquel cuyo amor al culto de lo bello le da el valor suficiente de publicar un libro en Buenos Aires, que es lo mismo que recitar un verso de Petrarca en la rueda de la Bolsa.³⁷

Publicar un libro en Buenos Aires aparece en esta frase como una actitud parangonable al amor por la armonía y la belleza; un hecho destinado a correr una suerte incierta pero reivindicable por formar parte de un acto cultural sublime alejado de la mundanal dinámica de la ciudad-puerto. La armonía literario/científica entendida como arte es relacionada automáticamente con la figura del libro, que fácilmente puede entenderse, desde la mirada de Cané, como el polo opuesto al del periódico pensado como un espacio efímero destinado a las masas.

En el largo plazo, la imagen de público lector de diarios maleable e ignorante fue reforzándose en la mirada de Cané. Sólo que ya no se circunscribía a los tenderos y carniceros mencionados en el plano de las comunicaciones privadas, sino que se extendía a gran parte de la población porteña, incluso a aquella que compartía espacios de sociabilidad con los de su grupo. Pruebas de esta ampliación de la despectiva perspectiva del lector de diarios se encuentran en algunos comentarios escritos por el intelectual que nos ocupa en la década de 1880. Por ejemplo, refiriéndose al efecto que una serie de artículos suyos y de Lucio V. López tuvo a la hora de convocar público para un espectáculo teatral de escaso éxito hasta el momento apunta:

³⁶ *Ibid.*, p. 61.

³⁷ Miguel Cané, “Dos partidos en lucha (Fantasía científica) por Eduardo L. Holmberg” (1875), en *Ensayos* [n. 27], p. 140.

Cuando de nuevo nos encontramos en el Politeama, nos estrechamos la mano con alma contenta y espíritu sereno. El teatro estaba lleno y el entusiasmo crecía por momentos [...] ¿Era nuestra obra? Como impulsión sí; como causa, no. Nuestro público es intelectualmente indolente; necesita que le muestren las cosas, la calle, el número de la casa en que se encuentran, el tranvía que se toma y un ligero *avant-gout* de lo que allí va a encontrar.³⁸

El público es indolente y maleable, impermeable intelectualmente, manejable por las palabras de un periódico sobre cualquier asunto. El imperio de la prensa se aparecía ante la mirada de Cané como un dato a tener en cuenta en el contexto de una sociedad socialmente móvil. Era un lugar desde el cual emitir opiniones destinadas a tener un eco obediente. Ya hacia fines del siglo XIX recordaba con cierta nostalgia la función que una gaceta había tenido en Buenos Aires: “*La Tribuna* era el diario a la moda, el único, el indispensable. Cortado y dirigido, instintiva e inconscientemente, en el sentido de las preocupaciones porteñas, tenía una autoridad absurda pero incontestable”.³⁹

En este marco de consideraciones, un diario podía imponer en forma inapelable dictámenes y juicios sobre los más diversos temas. Podía, además, imponer prioridades a los lectores que seguirían pasivamente la dirección marcada por quienes escribían el diario. Refiriéndose a la dirección de Héctor Varela de *La Tribuna*, Cané apunta: “para él, artículos de fondo, información política y financiera, todo eso era secundario; toda su atención se concentraba en dos folletines que aparecían diariamente”.⁴⁰ Era ese espacio, el de los folletines, el que garantizaba el éxito de ventas del periódico, según remarca el autor. Hecho seguramente constatable si se tiene en cuenta la ampliación del mercado de lectores generada por la modernización finisecular.⁴¹

El mismo año en el que Cané escribió tales palabras las críticas al espacio ganado en los medios de prensa por los folletines fueron sistemáticamente expuestas por uno de sus contemporáneos, Paul Groussac, en un elocuente texto publicado en 1897 en *La Biblioteca* y titulado “La educación por el folletín”.⁴² El intelectual de origen francés llama la

³⁸ Miguel Cané, “Falstaff” (1884), en *Charlas literarias* [n. 35], p. 86.

³⁹ Miguel Cané, “La primera de ‘Don Juan’ en Buenos Aires” (1897), en *Prosa ligera* [n. 12], p. 91.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Véase Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

⁴² Paul Groussac, “La educación por el folletín”, *La Biblioteca*, tomo VI (noviembre de 1897), pp. 313-324.

atención allí acerca de los peligros corruptores de la prensa, apelando a una alerta contra la prensa que pervierte con sus desbordes inmorales. Groussac basa sus argumentos en la crítica de un folletín aparecido en *La Nación* que tenía, según su parecer, un contenido prácticamente pornográfico, se trataba de una entrega de *Paris* de Zola:

si existe, pues, una misión sagrada, humana y patriótica, sobre todo para los que tienen cargo de almas, es la de levantar los corazones, virilizar a la juventud, mantener puro y creyente el hogar venerable, apartando de él toda influencia perversa y toda excitación malsana y mórbida. Á ese deber sagrado está faltando el diario que publica un folletín inmundo y tiene erigida ante el pueblo argentino esa cátedra de inmoralidad.⁴³

Puede aventurarse que para un personaje con el perfil de Cané, lo más preocupante de esta situación era el hecho de que él y sus pares estaban perdiendo el control de una herramienta fundamental para guiar la opinión. Opinión que, además, estaba siendo sistemáticamente “corrompida” por los nuevos rumbos impuestos en los antaño periódicos “respetables” de la sociedad porteña.

En este sentido, en el breve paso por Estados Unidos de 1882, el autor de *Charlas literarias* ya había notado ciertos caminos asumidos por la prensa en el gran país del norte que le resultaban alarmantes. En esa travesía había propuesto una interesante evaluación acerca del mundo de la prensa norteamericana:

Si en alguna parte el aforismo de Girardin sobre la impotencia de la prensa tiene aplicación, es en Norte América. Los diarios se tiran á centenares de millares y constituyen uno de los géneros de empresa industrial que reporta más beneficio. Pero es el anuncio y la información lo que les da vida y no la opinión política. ¿Qué le importa a un yankee lo que piensa un diario? Lo compra, va a los telegramas y luego á los avisos. La verdad es que en el día de la prensa universal tiende á tomar este carácter. El valor e importancia del *Times* consiste en su preocupación incesante de reflejar la opinión, con todas sus aberraciones, en vez de pretender dirigirla.⁴⁴

Los motivos por los cuales esta prensa es impotente no son tan obvios para el lector como Cané sugiere. La observación crítica puede desglosarse en varios ejes. En primer lugar, el hecho de que la prensa se haya convertido en una más de las industrias de Estados Unidos se halla en consonancia con la idea de que todas las esferas de la vida

⁴³ *Ibid.*, p. 324.

⁴⁴ Cané, *En viaje* [n. 12], p. 397.

humana son mercantilizables y, por tanto, desde la perspectiva de este observador, condenables. Además, esta mercantilización habría traído consigo la renuncia a una función fundamental de la prensa: la de guiar a la opinión. Esto se traduce, desde la perspectiva de Cané, en una oportunidad perdida, y la democratización de la palabra que hace que la opinión se refleje en todos sus matices y con todas sus “aberraciones” convierte a la prensa en un espacio contaminado y socialmente abierto. Un potencial instrumento, útil como pocos para formar a la opinión pública, se había convertido en Norteamérica en una simple industria que producía en serie noticias y avisos.

Esta imagen de la prensa *yankee* lejos está de presentar a un diario como la herramienta dilecta de un grupo social ilustrado para ejercer una pedagogía cívica. Esa función es la que Cané propone recuperar hacia fines del siglo XIX. Desde París, opinando sobre el problema del tráfico en las grandes aglomeraciones urbanas transmite, al pasar, una impresión elocuente: “casi todos los diarios de Buenos Aires, especialmente *La Prensa*, se han preocupado constantemente del problema de la circulación urbana. Es necesario que no dejen de mano el tema: que machaquen con una monotonía tal, que el clavo penetre hasta lastimar, hasta despertar a los que duermen penosamente”.⁴⁵ Así, desde la perspectiva del autor de *Juvenilia*, la prensa es un instrumento eficaz para emitir discursos que moldeen la opinión y un arma para quien pretenda tener algún tipo de resonancia en el ámbito público. Es, además, un instrumento eficaz para adoctrinar.

Ése es el camino por transitar en un contexto en el que crecientemente las costumbres se vulgarizan y en el que los nobles rituales de antaño ya no pueden repetirse. De esas transformaciones y pérdidas parece haber tomado plena conciencia Cané en el transcurrir de la década de 1880. En sus dos obras más destacadas publicadas en ese contexto temporal aparecen imágenes contrapuestas vinculadas con los usos de la prensa en dos momentos históricos en los que las dinámicas sociales predominantes tenían implicancias diversas.

La primera imagen se hace presente en un episodio fijado en *Juvenilia*, que se ubica temporalmente hacia fines de la década de 1860 y que lleva el tono de la descripción de un rito iniciático. El autor narra que luego de comenzar a tomar clases de literatura clásica con el profesor Gigena, los estudiantes comenzaron a sentir un impulso irrefrenable de escribir y manifestar sus opiniones:

⁴⁵ Miguel Cané, “Nota circulatoria” (1896), en *Notas e impresiones* (1901), Buenos Aires, La cultura argentina, 1918, p. 97.

Aquella clase de literatura tuvo efectos funestos sobre nosotros. Fundamos diarios manuscritos, cuya *impresión* nos tomaba noches enteras, en los que yo escribí artículos literarios [...] Esos diarios hicieron allí el efecto que en los pueblos de campaña; turbaron la armonía y la paz, agitaron y agriaron los ánimos, y más de un ojo debió el obscuro ribete con que apareció adornado, las polémicas vehementes sostenidas por la *prensa*. Por mi parte, tuve un duelo feroz. Ignoro si mi adversario sufrió; pero sí recuerdo que, aunque el honor quedó intacto, salí de la arena mal acontecido [...] Un joven romano habría jurado no ocuparse más de prensa en su vida; pero las preocupaciones se van y los instintos quedan ¡Qué himnos cantara hoy al periodismo si sólo golpes y magullones me hubiera costado!⁴⁶

La segunda situación está escenificada en Colombia y aparece en el libro *En viaje* como un comentario sorprendido sobre los usos de la prensa en el país:

La lectura de la Constitución de Colombia hace soñar. Nunca ha producido la mente humana una obra mas idealmente generosa. Todo cuanto los poetas y los filósofos, los publicistas y los tribunos han aspirado para aumentar la libertad del hombre en sociedad, está allí consignado y amparado por la ley [...] Derecho de reunión absoluto y absoluta libertad de la palabra escrita y oral. Absoluto, ¿entendéis?⁴⁷

La advertencia de Cané se dirigía en la siguiente dirección: según sostiene, la inexistencia de ley de imprentas generaba en Colombia la proliferación de una “prensa libre” de amplia circulación, y a esto se sumaba el hecho de que las paredes estaban cargadas de “expresiones gráficas del ingenio popular”. Pero lo que más sorprendía al observador era la extendida circulación de información en el formato pasquín: “No es raro oír en Bogotá: ‘Fulano me ha echado hoja’. Es decir, fulano ha escrito contra mí una hoja suelta, que ha hecho imprimir y fijar en las esquinas [...] el damnificado se contenta á su vez con *echarle* hoja á su adversario, para mayor contento de los impresores que realizan buenos beneficios”.⁴⁸

En el primer episodio se marca fuertemente la idea de la responsabilidad de quien escribe en la prensa a la hora de defender, incluso con el cuerpo en un duelo, su opinión y sus palabras. Se postula también una ideal función atribuida a un periódico juvenil y a lo que allí se escribe, mientras se traza una continuidad entre los saberes literarios adquiridos en el Colegio Nacional y las formas de expresión en un periódico

⁴⁶ Miguel Cané, *Juvenilia* (1884), Buenos Aires, Colihue, 1981, p. 106.

⁴⁷ Cané, *En viaje* [n. 12], pp. 204-205.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 206.

co. En otro registro, Cané esboza en la primera cita sus percepciones sobre los potenciales efectos disolventes de la prensa en los “pueblos de campaña”, entendiendo que un diario puede causar en ese contexto humano desbarajustes y desarmonía. Pese a ello, la figura del duelo cierra épicamente la narración. La cercanía de los cuerpos a la hora de resolver un malentendido parece tranquilizar al autor de *En viaje*, que siente que puede salvar su honor y defender su postura fijada por escrito.

La segunda anécdota narrada presenta una ecuación casi automática entre libertad política y libertad de palabra. La sorpresa del observador en Colombia encuentra su explicación en el hecho de que la circulación de la palabra, al no estar regulada ni legislada, conduce a irresponsabilidades de todo tipo y a la despersonalización de las relaciones. El honor desaparece en una sociedad en la que la democracia política invade el ámbito de la escritura y la convierte en escritura democratizada.

IV

IN TENTAMOS mostrar la función que se destina en la prosa de Cané a la prensa periódica en la vida cultural y política de las sociedades modernas. Las apreciaciones rastreadas e interpretadas nos posicionan frente a una serie de temas que permiten dar cuenta de problemáticas generales presentes en los discursos de las élites políticas e intelectuales argentinas de fines del siglo XIX.

Frente a los rumbos tomados por la circulación de la palabra en los periódicos, las voces de inquietud y alarma fueron varias y apuntaron a poner en evidencia una amplia diversidad de inconvenientes. Uno de ellos era imputado a los dueños y directores de los periódicos que estaban perdiendo el control sobre lo que las empresas editoriales de difusión cotidiana publicaban. En algunos casos esta realidad era incriminada a la incapacidad intelectual de los encargados de intervenir en las columnas y en otras a los desatinos en las formas de pensar en los periódicos como negocios culturales.

A lo largo de la década de 1870, varios personajes escribieron textos proclives a mostrar los peligros potenciales que podían representar los diarios si se los dejaba librados al azar. En esta línea puede inscribirse la ficción publicada en 1879 por el literato-científico Eduardo L. Holmberg titulada “El periódico liberal”.⁴⁹ El autor muestra en

⁴⁹ Eduardo Holmberg, “El periódico liberal” (1879), en Gioconda Marún, ed., *Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas (1872-1915): sociedad y cultura en la Argentina moderna*, Berlín, Iberoamericana/Vervuert, 2002, pp. 110-120.

esta fantasía literaria cómo un grupo de notables de la sociedad porteña pretende lanzar un diario de tipo moderno. Con ese objetivo, se realiza una serie de reuniones para definir la organización del mismo. Los diálogos mantenidos en estas tertulias son disparatados y muestran que los futuros responsables del periódico —catalogados como Señor Noticiero, Señor Redactor, Señor Administrador, Señor Folletista— no logran acordar siquiera un nombre para bautizarlo. El único principio que parecen tener claro es que el periódico debe ser “liberal”. Ante la imposibilidad de pensar en una estrategia para editar el diario, se proponen escribir las secciones con un número de líneas predeterminado sin reparar en sus contenidos, asumiendo que la tarea para tener como resultado un periódico consiste en llenar con palabras las columnas disponibles sin más reparos. La irresponsabilidad absoluta atribuida a los encargados de la difusión de la palabra queda así fuertemente satirizada.

En un registro similar, Eduardo Wilde denunciaba en “Fantasías del domingo” (1874) las tonterías publicadas a borbotones por “el loco de la *Tribuna*” —Héctor Varela—, que no hacían más que confundir al público lector y difundir informaciones y reflexiones que rozaban la ridiculez. Wilde se ocupaba también de hacer un guiño irónico acerca de las irregularidades de los periódicos en tanto empresas en su famoso texto “La carta de recomendación”; allí, escribe un diálogo en el que un notable personaje porteño interroga a quien le solicita la carta: —“¿En qué desea ocuparse?; —En una empresa de diarios, por ejemplo; —Muy bien ¿sabe usted leer?; —No, señor”.⁵⁰ Acto seguido, el hombre distinguido le escribe una carta al director de *El Nacional*, Eduardo Dimet, aconsejándole que emplee al portador de la carta en la imprenta. Queda así insinuado que para trabajar en un periódico no era un requisito indispensable tener la habilidad de leer.

En el clima coral de estas voces poco optimistas a la hora de evaluar la función de la prensa y la de sus conductores, Cané enunciaba sus juicios tendientes a defenestrar el valor intelectual de los textos publicados en periódicos. Sin embargo, mientras que en sus escritos de la década de 1870 se perfilan las subestimaciones dirigidas al público y el desprecio ante el acto de escribir en un espacio cuyos ritmos estaban acompasados por la fugacidad, en sus evocaciones juveniles de 1880 las miradas sobre el pasado reciente de las décadas escolares (1860 y 1870) y el acto de ejercer el periodismo se presentan como una noble actitud, que incluso podía conducir a poner en riesgo la pro-

⁵⁰ Eduardo Wilde, “La carta de recomendación” (1872), en *Tiempo perdido: trabajos médicos y literarios*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1967, p. 180.

pia vida con el objetivo de defender el honor ante la convicción de la validez de lo que se escribió.

Puede argumentarse que las tensiones entre las apreciaciones escritas en 1870 y las de 1880 están marcadas por la nostalgia de tiempos pasados que brotaba en épocas de creciente invasión democrática. El autor de *Juvenilia* asumía que en el marco de la modernización finisecular, y ante sus efectos socioculturales, las palabras escritas en periódicos estaban condenadas a la fatalidad una vez publicadas dado que podían ser recepcionadas por “aquellos a los que no les importa en absoluto”. Ese riesgo potencial podía evitarse desde la perspectiva del personaje que nos compete si los “padres” de esas palabras asumiesen cierta conciencia de los desmanes que ellas podían generar.

En este punto se hacen presentes las reacciones ante la democratización de la escritura y de la lectura. Si la democracia era entendida la mayoría de las veces como sinónimo de igualdad social, en la aplicación del igualitarismo al terreno de la palabra se corporizaban eventuales peligros activados por la instauración de libertades cada vez más radicales. En la misma línea interpretativa, la ampliada circulación de información propiciada por los órganos de prensa periódica se aparecía ante los ojos de Cané como la muestra más patente de la vulgarización de las costumbres y, a la vez, como el principal rasgo de una decadencia espiritual generalizada a la que estaban siendo sometidas sin tregua las multitudes parisinas, las familias patricias de Buenos Aires y la sociedad estadounidense en su conjunto. Como insinúa Groussac, el monstruoso poder difusor de ideas de la prensa podía deformar las opiniones del pueblo pero también —y quizás éste sea el punto más condenado y temido— corromper las costumbres de la gente distinguida.

Ante estas reacciones contra el poder masificador y *mediocratizador* de la prensa, la estrategia de sublimar a la literatura como refugio de lo bello nos coloca ante la posibilidad de pensar en los términos de Julio Ramos la antinomia “periodismo/literatura” presente en Cané. Ramos destaca que en el marco de los periódicos finiseculares se desarrollaron complejos procesos en el tránsito hacia la autonomización de ambas esferas.⁵¹

Proponemos, complementariamente, algunas observaciones sobre la trayectoria de Cané con el fin de dar cuenta de algunos significados de sus interpretaciones. En primer lugar, debe señalarse que pese a las miradas peyorativas sobre el formato diario, Cané no dejó de enviar

⁵¹ Véase Julio Ramos, “Límites de la autonomía: periodismo y literatura”, en *id.*, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989, pp. 82-111.

sus contribuciones para las páginas de empresas como *El Nacional*, *La Tribuna*, *La Prensa*, *El Diario* y otras. Lo que sí puede notarse es un cambio del género de escritura, dado que mientras que en sus años de juventud sus textos se ocupaban de temas de actualidad, sobre todo ligados a la política coyuntural porteña, más tarde su presencia en las gacetas respondía generalmente al formato de correspondencia enviada desde el exterior —género que lo colocaba en un lugar de visibilidad especial y distintivo.

Podría aventurarse la idea de que Cané, pese a detestar el ámbito de la prensa, no dejó de escribir en los periódicos por diversos motivos de orden pragmático —como los económicos o los vinculados con su ego. Sin embargo, esta afirmación pierde de vista un dato destacado de la trayectoria intelectual del personaje en un contexto particular como era el de la Argentina de fines del siglo XIX. Debe puntualizarse que la mayoría de sus obras publicadas en formato libro están compuestas por escritos que habían sido publicados con anterioridad en diferentes medios de prensa. Hecho que muestra, por un lado, que esas palabras escritas para los periódicos no eran consideradas sólo como ejercicios automáticos y vacíos y, por otro, que el autor de esos artículos no tenía prejuicio alguno a la hora de autonomizar sus escritos del formato diario para insertarlos en un objeto que desde su perspectiva tenía una connotación cultural más noble.

Por su parte, puede considerarse que pese a las diatribas contra la prensa escrita, Cané mantuvo la idea de que los intelectuales debían mantener ese espacio para concretar objetivos ligados a las intenciones de disciplinar y de adoctrinar a la “turba”. Mientras tanto, él y sus pares podían dedicarse al arte de escribir en otros espacios consolidados hacia 1890. Durante esa década, destacados intelectuales comenzaron a hacer compatible su presencia en la prensa con su participación sistemática en revistas de corte intelectual con pretensiones civilizadoras —como *La Biblioteca* (1896-1898) de Paul Groussac y la *Revista de Derecho, Historia y Letras* de Estanislao Zeballos (1898-1923)—, asumiendo, quizás, que estos productos culturales no caerían en manos de un público asimilable a un cúmulo de tenderos y analfabetas ya que estaban reservados a un público culto conformado por los pares. Si así fue, esta estrategia de posicionamiento ante el mundo de la palabra podría encuadrarse en una actitud que excedía ampliamente al ámbito cultural. Actitud de replegamiento que apuntaba a aislar y a poner a salvo a aquellos cuyos padres habían sido poetas, soldados y artistas en las añoradas épocas en las que el cosmopolitismo democrático no oscurecía el horizonte.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Escritos de Miguel Cané

- “Cartas familiares, 1870-1874”, en *Epistolario del siglo XIX*, selección de Fermín Estrella Gutiérrez, Adela Grondona y Adolfo de Obieta, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Escritores, Museo y Archivo del Escritor, 1967.
- Ensayos* (1877), Buenos Aires, Administración General Casa Vaccaro, 1919.
- En viaje, 1881-1882*, París, Garnier Hermanos, 1884.
- Juvenilia* (1884), Buenos Aires, Colihue, 1981.
- Charlas literarias* (1885), Buenos Aires, La cultura argentina, 1917.
- “Propiedad Literaria”, carta de Miguel Cané a Eleodoro Lobos, *Revista de Derecho, Historia y Letras*, tomo II (1898), pp. 17-21.
- Notas e impresiones* (1901), Buenos Aires, La cultura argentina, 1918.
- Prosa ligera* (1903), Buenos Aires, Administración General Casa Vaccaro, 1919.
- Discursos y conferencias*, Buenos Aires, Administración General Casa Vaccaro, 1919.
- Cartas a mi hija*, Buenos Aires, El elefante blanco, 1997.

Escritos de sus contemporáneos

- Groussac, Paul, “La educación por el folletín”, *La Biblioteca*, tomo VI (noviembre de 1897), pp. 313-324.
- Holmberg, Eduardo, “El periódico liberal” (1879), en Gioconda Marún, ed., *Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas (1872-1915): sociedad y cultura en la Argentina moderna*, Berlín, Iberoamericana/Vervuert, 2002, pp. 110-120.
- Wilde, Eduardo, “Fantasía del domingo” (1874), en *Tiempo perdido: trabajos médicos y literarios*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1967, pp. 226-232.
- , “La carta de recomendación” (1872), en *Tiempo perdido: trabajos médicos y literarios*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1967, pp. 177-181.

Bibliografía sobre Miguel Cané

- Arrieta, Rafael, “Prólogo”, en Miguel Cané, *Juvenilia*, Buenos Aires, W. M. Jackson, 1953, pp. xiii-xvii.
- Aspell, Marcela, “La ley 4144 ‘de residencia’. Antecedentes. Sanción. Aplicaciones”, *Revista del Instituto del Derecho Ricardo Levene* (UBA, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales), núm. 25 (1929), pp. 11-127.
- Buchbinder, Pablo, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.
- Casal Castel, Alberto, “Miguel Cané”, en *Vidas ejemplares*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1942, pp. 130-137.

- Castagnino, Raúl, *Miguel Cané: cronista del Ochenta porteño*, Buenos Aires, Oeste, 1952.
- Ghiano, Juan Carlos, "Miguel Cané en su tiempo", en *id.*, *Constantes de la literatura argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1953, pp. 65-80.
- González Arrili, Bernardo, "Miguel Cané", en *id.*, *Tiempo pasado: semblanzas de escritores argentinos*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1974, pp. 77-83.
- Guillén de Rezzano, Clotilde, "Miguel Cané: ensayo crítico", *Humanidades* (La Plata), tomo IV (1922), pp. 171-198.
- Lafinur, Álvaro Melián, "Miguel Cané", en *id.*, *Buenos Aires: imágenes y semblanzas*, Buenos Aires, 1939, pp. 211-217.
- Molloy, Sylvia, "Una escuela de vida: *Juvenilia* de Miguel Cané", en *id.*, *Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, FCE, 1996, pp. 133-145.
- Montero, Belisario, "Miguel Cané", *Nosotros* (Buenos Aires), año XXXII, núm. 227 (abril de 1928), pp. 5-40.
- Needell, Jeffrey, "Optimism and melancholy: elite reponse to the *fin de siècle bonaerense*", *Journal of Latin American Studies* (Universidad de Cambridge), vol. 31, tercera parte (octubre de 1999), pp. 551-588.
- Noé, Julio, "Miguel Cané: su ambiente, su obra", *Nosotros* (Buenos Aires), año XX, núm. 208 (septiembre de 1928), pp. 5-19.
- Oved, Iaacov, "El trasfondo histórico de la Ley 4144, de residencia", *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), vol. 16, núm. 61 (abril-junio de 1976), pp. 123-150.
- Pastormerlo, Sergio, "*Juvenilia* de Miguel Cané: historia de un escritor fracasado", *ALP: Cuadernos Angers-La Plata* (Universidad Nacional de La Plata/ Université d'Angers), vol. 4, núm. 4 (2001), pp. 113-131.
- Ponce, Aníbal, "Miguel Cané", en *La vejez de Sarmiento*, Buenos Aires, Librería Histórica, 2001, pp. 161-172.
- Ramos Mejía, Horacio, "Prólogo", en Miguel Cané, *Juvenilia. Prosa ligera*, Buenos Aires, La cultura argentina, 1916, pp. 11-19.
- Rebollo Paz, León, "Miguel Cané a través de su archivo inédito: el hombre privado, el artista, el argentino cabal", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Buenos Aires), núm. 43 (1970), pp. 77-90.
- Sáenz Hayes, Ricardo, *Miguel Cané y su tiempo (1851-1905)*, Buenos Aires, Kraft, 1955.
- Sanguinetti, Horacio, "Miguel Cané, educador y legislador", *Boletín de la Academia Nacional de Educación* (Buenos Aires), núm. 44 (septiembre del 2000), pp. 15-24.
- , "Miguel Cané, legislador", en *Todo es Historia* (Buenos Aires), año XXXV, núm. 407 (junio del 2001), pp. 50-65.
- Terán, Oscar, "El lamento de Cané", en *id.*, *Vida intelectual en Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, FCE, 2000, pp. 13-82.

- Viñas, David, “Cané o los contratiempos de un *gentleman*”, en *id.*, *De Sarmiento a Dios: viajeros argentinos a USA*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 121-131.
- , “Cané: miedo y estilo”, en *id.*, *Literatura argentina y realidad política: apogeo de la oligarquía*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1975, pp. 57-70.
- Zanetti, Susana, “La ‘prosa ligera’ y la ironía: Cané y Wilde”, en *Historia de la literatura argentina: del romanticismo al naturalismo*, tomo II, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986, pp. 121-140.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Alonso, Paula, ed., *Construcciones impresas: panfletos, diarios y revistas en la formación de los Estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, FCE, 2004.
- , “En la primavera de la historia: el discurso político del roquismo a través de su prensa en los años 80”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana, “Dr. E. Ravignani”*, núm. 15 (primer semestre de 1997), serie III, pp. 35-70.
- , “La reciente historia política de la Argentina del Ochenta al Centenario”, *Anuario IEHS* (Tandil, UNICEN), núm. 13 (1998), pp. 393-418.
- Auza, Néstor, *La literatura periodística porteña del siglo XIX*, Buenos Aires, Confluencia, 1999.
- Botein, Stephen, Jack R. Cencer y Harriet Ritvo, “The periodical press in eighteenth-century English and French society: a cross-cultural approach”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 23 (1981), pp. 463-490.
- Cencer, Jack, y Jeremy D. Popkin, *Press and politics in prerevolutionary France*, Berkeley/Los Ángeles/Londres, University of California Press, 1987.
- Craig Calhoun, ed., *Habermas and the public sphere*, Cambridge, MA, The MIT Press, 1994.
- Darnton, Robert, y Daniel Roche, *Revolution in print: the press in France, 1775-1800*, Berkeley, University of California Press, 1989.
- De Sagastizábal, Leandro, *Diseñar una nación: un estudio sobre la edición en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Norma, 2002.
- Etchepareborda, Roberto, “Notas bibliográficas sobre la historiografía y el periodismo de 1880 y de 1890”, *Revista de Historia*, núm. 1 (primer trimestre de 1957), pp. 105-126.
- Farge, Arlette, *Subversive words: public opinion in eighteenth-century France*, Cambridge, Polity Press, 1994.
- Gallo, Ezequiel, y Natalio Botana, *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1996.
- Gayol, Sandra, *Sociabilidad en Buenos Aires: hombres, honor y cafés, 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2002.

- Habermas, Jürgen, *The structural transformation of the public sphere: an inquiry into a category of bourgeois society*, Cambridge, MA, The MIT Press, 1995.
- Hale, Charles, “Las ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930”, en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*, tomo III. *América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 1-64.
- Halperin Donghi, Tulio, “1880: un nuevo clima de ideas”, en *id.*, *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 239-252.
- Hesse, Carla, *Publishing and cultural press in revolutionary Paris, 1789-1810*, Berkeley/Los Ángeles/Oxford, University of California Press, 1991.
- Martínez, Agustín, *Figuras: la modernización intelectual de América Latina: 1850-1930*, Caracas, Topykos, 1995.
- Masiello, Francine, “Argentine literary journalism: the production of a critical discourse”, *Latin American Research Review*, vol. 20, núm. 1 (1985), pp. 27-60.
- McGann, Thomas, *Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano, 1880-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1960.
- Perrot, Michelle, “Drames et conflits familiaux”, en Philippe Ariès y Georges Duby, *Histoire de la vie privée*, tomo 4. *De la Révolution à la Grande Guerre* (1987), París, Seuil, 1999, pp. 243-263.
- Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- Rama, Ángel, “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”, *Hispanamérica. Revista de literatura*, año 12, núm. 36 (diciembre de 1983), pp. 3-19.
- , *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1987.
- Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989.